

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

26

ABRIL-JUNIO

1947

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. SALVADOR ZUBIRÁN

Secretario General:

FRANCISCO GONZÁLEZ CASTRO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N, DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Agustín Yáñez

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país \$7.00

Exterior dls. 2.00

Número suelto \$2.00

Número atrasado \$3.00

Sumario

ARTICULOS

		Página.
		—
José Vasconcelos	<i>Filosofía - Estética</i>	197
Oswaldo Robles	<i>José Vasconcelos, el filósofo de la emoción creadora</i>	211
José Luis Martínez	<i>La obra literaria de José Vasconcelos</i>	227
Peter Frank de Andrea	<i>El "Gobierno de la Insular Barataria", Speculum principis cervantino</i>	241
Agustín Millares Carlo	<i>El doctor Sánchez Muñón y la tercera Celestina</i>	259
Alfonso Zahar Vergara	<i>Fray Juan de Gaona y el Colegio de Santa Cruz de Santiago, en el barrio de Tlaltelolco</i>	265
Manuel Carrera Stampa	<i>Una obra rarísima</i>	287

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

		Págs.
Juan David García Bacca	<i>La idea del hombre.</i> (E. Nicol.)	291
Juan David García Bacca	<i>L'Étre et le Néant.</i> (J. P. Sartre.)	295
José Gaos	<i>Descartes y su tiempo.</i> (E. Goguel.)	300
José Gaos	<i>Rousseau y su tiempo.</i> (R. Labrousse.)	300
Agustín Yáñez	<i>El artista y el estilo.</i> (Azorín.)	302
Agustín Yáñez	<i>Contribución al estudio bibliográfico de fray Alonso de la Veracruz.</i> (A. Bolaño e Isla.)	303
Jorge Portilla	<i>Crisis y porvenir de la ciencia histórica.</i> (E. O'Gorman.)	304

PRESENCIAS Y ACTIVIDADES

Juan Hernández Luna	<i>Diálogo con el restaurador en Mascarones de la Philosophia perennis</i>	309
Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.—Juan Hernández Luna		323
Notas y noticias de América.—Rafael Heliodoro Valle		329
Publicaciones recibidas		339

FILOSOFIA - ESTETICA *

JUEGO DEL CREAR Y EL PENSAR

La creación entera reposa en el seno de Dios, como los colores del iris en luz blanca que los resume y contiene; los mantiene inmanifestados mientras no encuentran la clave de su desarrollo en las gotas del rocío o el prisma del laboratorio. Luz neutra es, en apariencia, el rayo blanco; en realidad, es un recipiente de poderío genético sempiterno. Posibilidad permanente del milagro de la diversificación que es el iris. Luz preñada es, en verdad, el rayo blanco y de la prole limpia de los colores. Ser específico cada color, su existencia depende de arreglos fijos de las ondas energéticas, perfectamente medidos y conocidos, por lo que es de ignorantes o de ociosos buscar en ellos esencias o entes, como lo verde o la verdosidad, disparates de ideólogos incapaces de comunicación directa con el ser. Aparentemente, los colores del iris se pierden al desvanecerse el nublado, pero los hallamos cada vez que la gota de agua o el prisma les da ocasión de escapar al rayo blanco que es para ellos hogar o cárcel. Así, quizás también, la muerte al dispersar las almas, las envuelve en su seno para darlas a luz en alguna eclosión de misterio. Pero con la diferencia de que las arranca de la cárcel corpórea, para lanzarlas, ya no al ciclo vida y muerte, sino para prepararlas al juicio de donde han de salir perdidas o salvas, en el existir libre y eterno. La naturaleza no trabaja para la muerte, sino para la vida, y si un grupo de seres como el de los colores, contenidos en la luz ordinaria, encuentran en ella misma su refugio contra la dispersión definitiva, su garantía de resurrección, repetida cada vez que el prisma los convoca a lucir, ¿por qué no ha de ser legítimo imagi-

* Apuntes para un libro que se titulará: MISTICA y será el cuarto y último de la serie METAFISICA, ETICA, Y ESTETICA.

nar que el alma se refugia momentáneamente en la muerte, para saltar de allí al elemento donde viene que es el Verbo que la creara, y para establecerse en la eternidad? Para los colores el blanco no es la muerte. No obstante que el blanco los traga, en él se mantienen reconcentrados en espera de las nuevas realizaciones que enriquecerán la variedad del ser. El problema de cómo será la vestidura nueva de las almas, su contextura, bien aérea y esplendente como la de los ángeles, o bien intangible aunque de figura como la corpórea, es cuestión secundaria; lo que interesa es recoger las analogías que nos dan confianza en su inmortalidad. Como los colores en el prisma, no sólo las almas, la creación entera se halla suspendida del juego que en las manos del Creador desarrolla un prisma original. Se recrea el Supremo Artífice en su obra y por eso la mantiene a través de las edades, en despliegue de mundos y en amor que abarca a todas las creaturas y rescata las pobres imitaciones del Creador que son los hombres.

Por eso, si pensar es llevar la atención por todas las maneras del Cosmos, hay que concluir que pensar es un jugar de los elementos del Cosmos. Dios hizo el mundo jugando: en toda creación hay goce. No es cierto que en el séptimo día el Creador descansara; en el último día se recreó con el resultado del afán constructivo de los días anteriores. En el rostro divino prevalece la sonrisa. De allí que el filósofo de la verdad tenga que ser claro y jovial. Cierto que la verdad es a veces terrible; hay el *Dies Irae*, la ira divina a la par que las alabanzas y las beatitudes, pero la causa de ello es el pecado que consiste en desarreglos de que se contagia a veces la misma naturaleza. Pero no es así la verdad: la verdad es clara y sencilla, ya lo dice el método científico: entre dos hipótesis de ley natural, la más simple es casi siempre la verdadera, la más directa y fácil.

Sin embargo, esto no lo entienden ciertos filósofos. Suele el filósofo ser abstruso y difícil. Los filósofos difíciles son necios o son tontos o están equivocados. Porque les cuesta trabajo pensar, suponen que Dios también sudó para crear. Ni siquiera el hombre padeció desconcierto en la etapa de la inteligencia natural del Paraíso. La filosofía apareció después de la caída y suele ser su consecuencia; lo es cuando nubla el problema en vez de aclararlo. Un Creador lento, sutil y a la postre inepto, es el supuesto implícito en esas metafísicas complicadas y estériles como matemática que renunciase a la aplicación modesta de sus sistemas de medición del fenómeno y quisiera hacer filosofía. De todas maneras es

evidente que Dios no es máquina de sumar ni autor de ecuaciones vacías que se resuelven en juegos de palabras. Para entender el mundo, por otra parte, no basta con el pensamiento, es preciso amarlo, como lo amó San Francisco. Porque amarlo es acomodarse a su armonía. Entienden el mundo los niños y los bienaventurados, porque la verdad es sencilla y alegre. En cambio, hay que desconfiar de las álgebras filosóficas y las digresiones sobre el Logos que flota infecundo en una eternidad vacía. Sólo el Verbo es creador; pero los ideólogos creen que Dios padece para pensar y, en suma, que es tan tonto como el filósofo. Las risas de los niños, los cuentos de las hadas, son imagen de la obra verdadera de la Creación. Dios hizo el mundo jugando y la alegría de su trabajo repercute en su obra.

¿CUAL ES, PUES, NUESTRA FILOSOFIA?

Nuestra filosofía no prescinde de dato alguno, sino que pretende abarcar toda la experiencia para juzgarla con toda la conciencia. Coincide en esta forma nuestra filosofía, con el concepto antiguo de la Sabiduría, según el cual, Filosofía es: Amor de Sabiduría y Sabiduría es todo conocer como fruto de una experiencia total. Empezamos abriendo los ojos a la realidad entera del mundo y por lo mismo, repudiando desde el comienzo, el tipo de filosofía que ha estado en boga a partir de Descartes y que consiste en escindir pensamiento de extensión, o sea en bifurcar la realidad en las zonas irreductibles: cosas con extensión e ideas concebidas como independientes.

Con la ciencia positiva afirmamos que existe un tipo de conocimiento, anterior al formal ideológico, que se nos da en el subconsciente y el instinto. En seguida, más allá de la razón, distinguimos el tipo de conocer cualitativo que no descifra ninguna dialéctica y que nos llega a través de órganos específicos y nos entrega datos irreductibles a las leyes del concepto. Por ejemplo el color, por ejemplo el sonido organizado, el gusto, etc. Conocemos por los sentidos del cuerpo en una primera etapa que nunca se ausenta de la conciencia. Los sentidos nos revelan la existencia indubitable de un mundo exterior a nosotros, que ha existido antes de nosotros y seguirá existiendo después de la muerte de todos los filósofos. Aparte de la calidad, la sensibilidad y el instinto y con

independencia de las determinaciones lógicomatemáticas, reconocemos otra modalidad del conocimiento, en el juicio moral, cuyo propósito no es consumir reglas universales según quería Kant, sino realizar arquetipos vivientes: el héroe, el santo, Dios. Asimismo, en la Estética hallamos otra manera de ordenamiento obtenido no por desinterés a lo kantiano, sino por composición, a lo artista. Y, en suma, filosofía hay cuando la conciencia opera utilizando el conjunto de sus poderes, conforme a los diversos tipos de conocer acabados de nombrar. La realidad se nos presenta, entonces, como un conjunto vario, heterogéneo, sin embargo, obligado a síntesis activa que no prescinde de una sola de las modalidades del ser y es tanto más exacta, cuanto que no la busquemos por la vía tradicional de tipo matemático que sacrifica elementos fundamentales de la realidad, para lograr un denominador común que da número o ideas, pero nunca la realidad armoniosa, cabal y viva.

Nos atrevemos nosotros a formular soluciones, a presentar afirmaciones. La moda decadente de los últimos treinta años exigía que se iniciase el filosofar, con preguntas que conducían a planteamientos de problemas que, en seguida, se quedaban sin respuesta. Es sin duda, atinado, que en el capítulo de la crítica, una filosofía se dedique a plantear problemas; pero a la hora de ejercitar el pensamiento es necesario resolverlos. De otra manera el filósofo dedicará su vocación a la tarea de prepararse para pensar, sin llegar nunca a darnos los resultados de su pensamiento. Al contrario, nosotros procuramos no perder el tiempo en lo obvio; los problemas de la filosofía no son de geometría ni de lógica, y la verdad que nosotros perseguimos no se conforma con alcanzar el rigor de una cadena inflexible de juicios vacíos, ni con las verdades ya contenidas casi siempre en las premisas de un silogismo. Nuestra filosofía se siente madura como para responder a las interrogaciones esenciales: ¿Qué es el mundo? ¿qué soy yo? ¿cómo se coordinan mundo y yo? ¿qué es Dios?

A la primera pregunta contesta la ciencia experimental con exclusión de casi todos los análisis conceptualistas. ¿Qué es el mundo? No lo supieron ni Platón ni Aristóteles, ni Hegel ni Kant. Lo que es el mundo lo dicen la física y la química contemporáneas que Hegel, Kant y Platón no conocieron. Aunque seguramente un Platón, un Aristóteles no se hallarían hoy entre los fanáticos del Logos kantiano, sino entre los físicos, los químicos y los biólogos que han estado arrancando sus se-

cretos al mundo de lo positivo y concreto. Y así, con las verdades nuevas, ellos, Platón y Aristóteles, harían otra vez coordinaciones, quizás ya no generalizaciones, pero en todo caso, con atención escrupulosa al saber de la época y sin ningún género de epojés o exclusiones.

¿Qué soy yo?

Más parecida al *soy yo* agustiniano que al *yo pienso* cartesiano, mi experiencia me enseña que no soy sólo un sujeto, ni sólo un pensamiento, sino un señor de una conciencia que es como el mundo, al mismo tiempo un Uno y un Todo. No soy fábrica de conceptos que se enlazan entre sí, lógicamente, y nada más; aparte de ideólogo, soy en la existencia una célula del ser, unidad activa que es como el gobierno de un pequeño Todo. Una partícula del Creador que, por eso mismo, disfruta la ilusión de ser centro y ordenamiento de mundos.

En seguida y para no dejar cabos sueltos en nuestra breve exposición, ensayaremos respuesta a la grave y sencilla pregunta: ¿Qué es Dios? Lo sabemos hasta donde es posible cuando investigamos con profundidad en lo que soy yo, su creatura, en lo que son sus creaturas. La creatura de más elevada categoría que conocemos es el hombre; si aceptamos con el saber moderno que el hombre no es ente abstracto ni sólo sentimiento, ni una oración, sino todo esto en armonía o en desarmonía perennes, habremos de reconocer que somos un compuesto ordenado de índole unitaria, una persona; entonces, por salto natural de la reflexión, reconocemos que Dios no puede ser ni una piedra, ni una fuerza natural, ni un ente abstracto, ni siquiera abstracción de tipo universal: justicia, verdad, razón, sino que Dios es causa de todo esto que es creación particular. Comprendemos, en seguida, que, además de Creador, es Dios el sostén de la armonía y coordinación perennes de las partes del Todo. Una armonía sin desarmonías que es lo que entendemos cuando decimos, con la Revelación, que Dios es Amor.

Hemos llamado a nuestra filosofía, Estética, para significar con ello que construye con lo heterogéneo unidades fundadas en síntesis de experiencia sensible, razón y amor.

LA EPOJE INVERSA

Tratemos ahora de justificar nuestras respuestas y para ello coloquémonos de golpe en la visión del mundo que se deduce del saber com-

binado de la experiencia física, la razón, la experiencia estética y la experiencia mística o revelación. Para explicar esta teoría de la comprensión cósmica, acudí en cierta conferencia dada en la Facultad de Filosofía de México (a solicitud de algunos alumnos), a una astucia derivada del tipo de filosofía que en dicha Facultad prevalece: la filosofía fenomenológica, con sus variantes kantianas, hegelianas, existencialistas, etc., colección de posiciones parciales sofísticas, estrechas, que son todo lo contrario de la hipótesis integral que yo postulo.

La astucia a que me refiero, consistió en invertir para nuestro beneficio, la hipótesis fundamental de Husserl, valiéndonos de ella para ilustrar por contraste, nuestra propia posición antagónica.

Dije entonces:

Se estila por acá en la Facultad, consumir a diario lo que se llama la reducción fenomenológica, o sea dar comienzo al ejercicio filosófico mediante un esfuerzo mental que prescinde de la realidad física, la pone entre paréntesis, para ocuparse en seguida, de conceptos y sólo conceptos. El singular método conduce a la curiosa aberración de reemplazar el mundo vivo de la naturaleza con una mediocre imaginería conceptual carente de vida, aunque ligada por el orden obvio que se deriva de la dialéctica.

Usaremos nosotros de la licencia filosófica (llamémosla así en recuerdo de la licencia poética usual en los bardos), que nos permita poner entre paréntesis toda la estructura ideológica de las ideas y la dialéctica, para ensayar el pensamiento sin ideas, hecho sólo de imágenes. Llegaremos a la realidad en intuición directa, prescindiendo de los universales de uso corriente; contemplaremos el árbol concreto, sin referencia alguna a sus géneros. No analizo si es pino o palmera; eludo todas las clasificaciones: miro un árbol lozano, al centro de un prado; no pienso en otros prados, grabó en mi mente el árbol particular rodeado de su césped, el césped único que estoy mirando y en particularización semejante, recorro los lienzos de los muros que limitan el jardín y subo con la mirada al firmamento. Hay un instante en que mi visión es receptiva como la de la placa fotográfica que retiene el instante único en sus arreglos y sus determinaciones. Pero, a diferencia de la placa, ni el panorama ni mi conciencia se mantienen quietos, los dejaremos ir, el panorama y la conciencia, sin pretender consumir el alto definitivo que suponen tanto la cámara fotográfica como los juicios genéricos. Si pienso en un árbol, un prado, unas casas, dejo la realidad viva y entro al mundo de las ideas; imito entonces a la cámara foto-

gráfica que es incapaz de seguir el milagro vivo del ser, un ser que muere cuando se hace abstracción, revive sólo cuando esplende, singular y concreto.

Para evitar la traducción de mi panorama en abstracciones, hago lo que el artista: observo en mi pequeña porción de realidad, sus relaciones, sus proporciones, sus luces y lo que añade al panorama, mi emoción, mis recuerdos. Se trata de un conjunto, hecho de imágenes y estados de ánimo, ligados por varios sistemas de orden: el sistema de la experiencia científica que me dice cómo surgieron las cosas que tengo delante y cómo se relacionan entre sí físicamente. Actúa asimismo, todo un sistema moral que establece relaciones entre los objetos, y mi conducta disfruta además conforme a leyes de belleza que son el origen del beneplácito que me causa la intervención de mi conciencia en el orden natural que contemplo. Al vivir dentro de lo concreto, con los propósitos de mi voluntad y los goces de mi contemplación que distingue, asimila y ordena, disfruto de un vivir que a falta de otro nombre he titulado paradisiaco, imaginando que así veían el mundo Adán y Eva, antes del pecado. Pues éste, al limitar las facultades de la conciencia nos obligó a construir esos aparatos de reducción, anteojos para la meopía, que son las voces abstractas que me veo obligado a usar cuando digo árbol, nombre que abarca una multiplicidad de vegetales diversos y lo que quisiera expresar y recordar es este árbol, específico y único que es el objeto de mi complacencia.

Añoro entonces un lenguaje que tuviese para cada cosa, que es lo debido, puesto que no hay dos iguales en la creación: un infinito de nombres correspondiente al infinito de los seres. La cortedad de mi léxico humano, me obliga entonces a abreviar, a simplificar, y como no me alcanza la mente para recordar la individualidad de todas las creaciones de la existencia, acudo a signos que al consumir sumas, sacrifican la identidad, la especificidad o individualidad de millones de seres, repito la voz árbol con resignación, porque si con ella doy los elementos esenciales de la estructura de todos los árboles, en cambio por eso mismo no designo el árbol preciso de aquel día y aquella hora. Y digo hombre con dolor, porque no hay derecho de reducir a abstracción ni al más humilde de los seres, mucho menos al amigo, al vecino, al enemigo mismo. En resumen, me encuentro frente al Universo como el mundo que está lleno de expresiones y de motivos, pero sólo dispone para manifestarlos de unos cuantos signos que abrevian y nulifican las ansiedades de su conciencia. Y como el mudo, em-

piezo a expresarme y uso, por ejemplo, el lenguaje abstracto de la razón, diciendo: veo un árbol que es un pino, verde, lozano, etc., etc. (con adjetivos todos genéricos), enclavado en un prado. Algo manifiesta este lenguaje de lo que es esencial en el paisaje, pero pronto me convenzo de que no basta la esquemática noticia idealista y pienso en el poema que ante las mismas cosas ensayaría un poeta y en la tela que pintaría un pintor y en la música que extraería del trozo del paisaje un compositor elocuente. Pues todo esto, junto, es lo que capta en su contemplación este mi yo mudo, pero no lo expresa porque dispone a lo sumo de un lenguaje, y harían falta una como telepatía para revelar con lealtad la más humilde de nuestras percepciones.

Y, a pesar de todo, el pensamiento se detiene en este árbol y en el otro y los distingue e individualiza. Y esto nos lleva a imaginar una mente divina, capaz de recorrer y nombrar cada uno de los seres de la creación y que todo lo designe sin mancillar el estilo con la torpeza que supone echar mano de los géneros. Dios distingue así sus creaciones y las ordena conforme al amor y la vida y no según los géneros y especies de los botánicos.

Disponer de una palabra para designar cada cosa existente, tal es el don del Verbo. Posibilidad de distinguir la multitud de las creaciones, asociándolas a la multitud de las palabras que probablemente sirvieron a Dios para engendrarlas, y todo sin ideas que son abreviaturas hechas a la medida humana de un conjunto que aunque infinito, es claro y sencillo para el Creador. Tal es el pensamiento paradisiaco.

Ubicada la conciencia en el Verbo, en directa comunicación con los seres y provista de nombres para cada uno de ellos, ya no harán falta términos genéricos ni para hablar ni para pensar. Y en simples términos humanos, ¿quién no ha envidiado la posesión de un lenguaje directo como la telepatía?

El Uno complejo, acaso no lo vieron ya los teólogos así, en el Misterio de la Trinidad: el Ser Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Jamás alcanzó el pensamiento cumbre más alta. Pero estaba reservado a la filosofía de nuestro tiempo, explicar, si no racionalmente, sí de una manera coherente y, por lo mismo conforme al espíritu, la esencia misma de la verdad. La verdad es coherencia de pensamiento obtenida por coordinación de conjuntos de hechos y zonas de saber.

Surge, de pronto, un motivo de vacilación. Si nos desentendemos de los conceptos, no podemos ni siquiera pensar. Esto sería exacto si no hubiese en el mundo más que conceptos, subordinados al mecanismo dialéctico. Pero, a poco de observar, advertimos que la realidad misma nos da la sorpresa de que ella no necesita del mecanismo del Logos para establecer función y armonía entre sus elementos. Esta armonía la establecen las leyes físicas, por ejemplo la gravedad que rige las distancias, y así, sucesivamente, un conjunto de leyes independientes del Logos, rige y desarrolla lo concreto. El goce que experimento de contemplar nube y mar, no tiene nada que ver con mi raciocinio; depende quizás de misteriosas analogías operantes. Mi alma también cambia de estados y va de la diferencia a la diferencia, sin perder la coherencia; una coherencia que responde a unidad genética proliferada, pero congruente. Así también el agua del mar y el vapor de las nubes, se engendran uno de otro sin conceptos y sin dialéctica, por virtud de procesos que obedecen a leyes físicas independientes.

Procuramos prescindir de ideas que, según enseñó Bergson, fijan el fluir y lo desnaturalizan. Pero ¿seguimos siendo bergsonistas, en el sentido de afirmar que la filosofía sólo da horizontes indefinidos como el fluir del acontecer? Seguramente que no. Se pensó así a principios del siglo, pero hoy sabemos que en el fluir no hay continuidad homogénea, ni falta de ley. Descubrir las formas del movimiento ha sido la hazaña de la filosofía de nuestro tiempo, particularmente en la rama de la experiencia científica. Hacemos de esta suerte lo que no sospechó Heráclito. Vamos hoy, dentro del movimiento como quería Bergson, pero no dejándonos llevar hacia perspectivas indefinidas, sino controlando el sentido y eligiendo la ruta; enterados de que el movimiento es relativo y no absoluto, según suponía Heráclito, y descubriendo al mismo tiempo que si la creación no siempre es lógica, sí es coherente de una manera constante.

Nosotros partimos ahora de un sentido de unidad que se define como el *Uno Todo*, o sea una unidad que nace del Todo, lo rige y lo mueve. Unidad operante y no estática, sino dinámica; unidad de función que coordina las partes para realizar propósitos.

PENSAR ES COORDINAR CONJUNTOS

En mi *Lógica Orgánica* he procurado explicar de qué manera el hombre moderno y la ciencia moderna ya no se limitan a clasificar, o sea a reducir lo particular a lo general; sino que investigan los procesos de las diversas ramas del acontecer para ponerlos a funcionar como funcionan en la naturaleza. Por ejemplo, en Psicología ya no se dedica el sábio a analizar separadamente: ideas, sensaciones, reflejos, sino que procura darse cuenta de la forma en que todos estos elementos son utilizados por la vía psíquica. De esta suerte el análisis ha dejado su lugar en favor de la síntesis. Y no hablamos hoy de aquellos elementos homogéneos de la física de hace veinte años: la fuerza, la materia, porque ante nuestra mirada de exploradores, no hay sino cosas, subseres y seres; y no aquel mito, equivalente al logicismo de los géneros: fuerzas de la naturaleza. En la naturaleza hay fuerza, pero no suelta ni suspendida en el vacío, sino siempre encarnada en cosas, seres o personas.

No existe, como realidad activa, un elemento que se mantenga igual a sí mismo sin perderse ni crear y sólo transformándose. Lavoisier está a mil leguas de la ciencia contemporánea, que no registra el operar de fuerzas ciegas homogéneas, sino que constantemente encuentra la energía, pero siempre estructurada o encarnada, o bien, organizada en las conciencias.

A este respecto dice Russell (*Outline of Philosophy*, p. 311): "La materia no es cosa persistente en estados varios, sino un sistema de eventos interrelacionados. La antigua solidez se ha perdido, y con ella, las características que al materialista hicieron creer que la materia era más real que los pensamientos transitorios. En lugar de materia homogénea, se reconocen los sucesos heterogéneos."

Todo es ser, en grado menor o mayor, y todo el ser responde a caracteres que es fácil reducir a cohesión. No hay fuerzas sin forma, pero tampoco formas sin concreción. Las objetivaciones conceptuales de los hegelianos, equivalen al flogístico de la física medieval. La física proscribió el flogístico y la biología prescinde de fuerzas vitales; ahora es tiempo de que la filosofía consume la expulsión de toda esa suerte de entes y esencias, pensamientos en cuanto tales y valores que son regla absoluta. Los objetos ideales y quizás toda la familia ontológica sobran con nuestras explicaciones.

LAS TABLAS DE LA EXISTENCIA

En la existencia todo está integrado, organizado, vivo. Para ordenar las existencias conforme al saber moderno, tengo en preparación una tabla que, a semejanza de la Tabla del Ser de Porfirio que estudia la Lógica clásica (con sus divisiones de corpóreo, incorpóreo, sustancia y accidente, etcétera, tabla de formas, en realidad), pero con sentido de lo concreto, nos dé una catalogación de las concreciones en que el ser se manifiesta siempre activo. Aparecerán en dicha tabla los seres, más o menos, en el orden siguiente:

1º Las 80 ondas electromagnéticas del espectro electromagnético, que constan de electrones. 2º Los colores del iris o espectro de la luz, que dependen de proporciones varias de la vibración de los átomos. 3º Los metales, agregados simples de átomos. 4º Cuerpos moleculares compuestos: agua, carbono, sales, etc. 5º La familia de los hidrocarburos con sintosis más avanzada que la molecular, mediante la acción de enzimas y proteínas. 6º Los genes y cromosomas que inician la vida propiamente tal. 7º Los virus y bacterias, enemigos de la vida; seres predatorios que contrarían el esfuerzo ascendente del gene. 8º La cadena de los seres vivos: enzimas que son, según Gray, las precursoras de la vida, los genes, las amibas, los protozoarios, ostras, moluscos, peces, reptiles y mamíferos. 9º El hombre con su larva de espíritu que es el alma. 10º Las almas, amibas del cielo, combatidas (igual que el gene por los virus), por los duendes y demonios que no pueden devorarla, pero pretenden torcer su destino. 11º Las potestades celestes, según las jerarquías de San Dionisio Areopagita. 12º Dios.

En esta tabla se observa que lo más importante de la naturaleza es para nosotros invisible, a saber: los genes, las enzimas, las almas. Y no por cuestión de tamaño: el microscopio revela bacterias que el ojo no percibe; pero hay elementos como los genes, los átomos, la conciencia, que funcionan sin ser vistos y se conocen por sus efectos. Frente al análisis se desvanecen, pero son inferidos de manera necesaria. No sorprende entonces, que el bisturí de Claudio Bernard, no haya cortado jamás un alma; eso sólo prueba la torpeza de buscar las almas con los sentidos hechos para lo corpóreo. Existe, en cambio, en la ciencia místico-religiosa,

el método adecuado de la experiencia que revela las almas como una necesidad de la mente y una realidad del ser.

UNIDAD POR SIMPLIFICACION ANALITICA Y UNIDAD
POR COHERENCIA Y SINTESIS

La filosofía comenzó unificando por eliminación. Era el camino más simple: Todo es materia, dijeron Thales y Epicuro; todo es aire, dijo Anaxímenes; todo es fuego, afirmó Heráclito y luego los eleatas sorprendidos de la fijeza de las ideas y su inmutabilidad, empezaron la tradición idealista que, reducida a sistema por Platón, había de llegar a la caricatura con Hegel y con Husserl y los neokantianos. Reducir lo vario a la unidad simple del número y la idea, hizo progresar la matemática que reduce lo heterogéneo a lo homogéneo para poderlo manejar en forma obvia; pero demoró, esterilizó la filosofía y al retroceder hoy con el pensamiento más de dos mil años, a los orígenes de la filosofía en Grecia, encontré un antecesor en Empédocles, el primero que hizo filosofía no por eliminaciones y restas, sino por coordinaciones y síntesis.

“No trates de reducir la calidad”, aconsejó Empédocles y consecuente con este principio rechazó las falsificaciones de la realidad que son los sistemas que reducen todo, ya a la sensación, ya a la idea o al número. Con gran acierto, Empédocles expresa que no está la esencia de las cosas ni en el aire, ni en la tierra, ni en el fuego, ni en el agua, sino en la “combinación” de los cuatro elementos. Los cuatro elementos en vueltas cíclicas de unión y separación: los períodos cósmicos del “amor que establece la unidad del Todo” y los períodos intermedios, nos dan en Empédocles, una unidad en la concurrencia de los procesos, unidad rítmica y armónica, mucho más próxima al pensar moderno que todas las divagaciones pitagóricas sobre los tetraedros y las triadas, y que la simplista dialéctica de los idealistas “periclitados” del hegelismo.

En seguida, recuérdese lo que sabemos hoy de Platón que no fué el dualista estrecho de la teoría de las ideas, sino el pluralista organizado del “Timeo” que echa mano de siete elementos para explicar la existencia. Según Whitehead, la ciencia de hoy recoge esos siete elementos, que le son indispensables para explicar la realidad, a saber: la materia, la fuerza, la idea, el receptáculo, la psique, eros y la armonía.

Entre estos siete elementos, ¿quién establece, no diremos la unidad, sino la coherencia? Muy sencillo: la conciencia. Un invisible, la conciencia, organiza todo lo visible en beneficio de la persona; otro invisible que llamamos la vida rige el cuerpo del hombre y los cuerpos de los animales, así como la actividad de las plantas.

Un invisible mucho más alto rige el proceso universal de electrones, átomos, células y almas, conforme a idéntica ley; según dijo el Dante, más sabio por este descubrimiento que todas las filosofías: "Un mismo amor mueve las almas y las estrellas."

Platón no se planteó el problema de la coherencia entre sus siete factores de la creación. Pero así como juntó en Dios las tres categorías socráticas: Verdad, Bien y Belleza, es fácil suponer que confió a Dios la tarea de unificar los disímiles factores. Nosotros no decimos unificar, sino coordinar. Si la realidad es coordinación de elementos activos estructurados, la verdad tiene que ser también un proceso de coordinación funcional viva e inteligente, más bien que el hallazgo de una coincidencia del término medio de dos o varias premisas. En vez de la obvia, aunque a veces complicada, verdad de igualdad que dan las ecuaciones matemáticas, el filósofo busca la coordinación de la desigualdad para el logro de las armonías superiores del existir.

La conciencia o la psique unifican de esta suerte para crear, para vivir y pensar, pero, ¿quién realiza la unificación coherente del Universo? ¿Un elemento sensible como el agua o el aire, según creían los físicos? ¿Un concepto como imaginaron los eleatas y más tarde los idealistas? Platón tuvo que olvidarse de la Teoría de las Ideas para señalar a Dios como aquel a quien se unen: Verdad, Belleza y Bondad, pero no pudo dar el salto necesario que consiste en transformar el Uno de Parménides, en el Dios Personal del Cristianismo.

La teoría del pensamiento como coordinación, a diferencia de la teoría clásica del pensamiento como abstracción, por reducción, nos conduce a reconocer un máximo ser, una última existencia que no es ni como la sensibilidad, ni como la inteligencia, ni como la voluntad; porque es todo esto, pero no expresado en sumas ni ecuaciones, sino como una conciencia absoluta que rige y sostiene los mundos.

JOSÉ VASCONCELOS